

### REVOLUCIONES CRIOLLAS

De todo podrá tacharse a los revolucionarios chilenos, menos de falta de originalidad.

A fuerza de practicar, sin riesgo alguno, el difícil arte del complot, han llegado a formarse un estilo propio.

Ni el secreto, ni el valor, ni la elección de la oportunidad que, de acuerdo con la técnica mundial, parecen ser condiciones inherentes a todo golpe de Estado, se toman muy en cuenta en el país.

Por el contrario, el primer cuidado de conspiradores parece ser el de dar a conocer a todo el mundo, con sus más mínimos detalles - fecha, hora, punto de reunión, etc. - el golpe que tienen en preparación. Días antes, la prensa opositora amenaza al Gobierno con la revolución que va a venir; los oradores en la Cámara incitan a la revuelta; los completados cruzan apuestas con los defensores del orden sobre el éxito de la conspiración, y, llegado el momento de la acción, se inclinan a pedirles que se retiren a su casa para evitarles el peligro de ser vejados por los triunfadores.

De más está decir que, pese a las declaraciones terroríficas de algunos energúmenos, empeñados en afirmar que, "esta vez sí que la cosa va a ir en serio", - las revoluciones son rigurosamente inocuas y se desarrollan en un ambiente casi familiar.

Las concomitancias de todo orden - amistad, ideas políticas afines y hasta relaciones de parentesco -, que ligan a los contendores dan, en caso de derrota, la seguridad de contar con cierta medida benevolencia de parte de los vencedores.

No es raro - y el que esto escribe lo sabe bien por experiencia - el noble rasgo del conspirador que ofrece de antemano su escondite a algún miembro del Gobierno, a quien está empeñado en derrocar, y viceversa.

Parece haber consenso público en "suavizar asperezas, a fin de no entorpecer el libre juego del redaje revolucionario", como diría "El Mercurio".

No es extraño, pues, que al presentarse ayer a la Cámara un proyecto para castigar con una multa de 5 a 20.000 pesos, imputable a la pensión, a los funcionarios en retiro

en retiro que aprovechan sus ocios en conspirar en



contra del Gobierno, la mayoría de los diputados rechazara la idea con indignación.

¿Como cometer semejante inhumanidad con un pobrecito revolucionario? Lo lógico, lo natural, habría sido para la mayoría, proponer una pensión gubernativa en favor de los conspiradores fracasados.

Solo así en este país, donde, cual más cual menos, todos los ciudadanos tienen su poco de revolucionarios, se llegaría al ideal de que todos resultaran gananciosos con los golpes de Estado. El conspirador triunfante se aseguraría por sí mismo su situación en el Gobierno y el vencido recibiría una ayuda del Estado, en tanto que una nueva revolución trocara los papeles.

No es raro que con este ambiente de benevolencia y de falta de sanción, las conspiraciones se repitan hasta el infinito.

Otra característica netamente criolla, es la falta de valor de los caudillos que aspiran a derrocar el Gobierno.

Hara vez los revolucionarios, sorprendidos con las manos en la masa, tienen aquella energía de que dió pruebas en España Sanchez Guerra o los últimos completados japoneses, para declarar con orgullo que luchan por sus ideales.

Cuando alguno lo ha hecho así - caso de los tripulantes del "avión rojo" en Concepción, bajo la dictadura del señor Ibáñez -, ha sido considerado punto menos que loco o inconciente.

Lo normal es que el conspirador niegue su participación, deje a sus cómplices en la estacada y justifique su presencia en el sitio del suceso como un acto de simple curiosidad, u otro motivo más o menos peregrino.

Uno de los recursos más socorridos para no dejar descontento a nadie, es afirmar que la conspiración no ha existido y ha sido inventada por el Jefe de Investigaciones a insinuación del propio Gobierno.

Si todo esto no basta, se dicta una ley de amnistía y Santas Pascuas.

Es claro que con estas facilidades y esta absoluta falta de peligro los conspiradores no tienen que poner en prensa el cerebro para discurrir golpes de Estado más o menos bien ideados y factibles. Las revoluciones se hacen de cualquier manera y a veces resultan un tanto grotescas.

Las de otros países son mejor hechas, <sup>más</sup> en cambio, ¿quién puede negar que las nuestras son más cómodas?